

**Palabras de Fernán Díaz Cuevas en la Ceremonia Fúnebre de su hermano Gonzalo Díaz Cuevas,
Museo de Arte Contemporáneo del Parque Forestal,
Santiago de Chile,
Sábado 13 de Diciembre de 2025**

Rectora Profesora Rosa Devés, Prorrectora Prof. Alejandra Mizala, Vicerrector Académico Prof. Claudio Pastene, ex Rector Prof. Víctor Pérez, Autoridades Universitarias, Profesores, Alumnos,

Hermano querido, aquí presente, observándonos

Sorprendido por tu Muerte, aunque era evidente que andaba rondando hace algún tiempo, relataré solamente dos momentos de nuestra vida, buscando siempre comprenderte.

Recuerdo con ternura nuestros juegos infantiles. Claro está, no eran solo juegos; también hacíamos travesuras y la abuela nos perseguía con la escoba. Tu tenías rizos en tu cabellera y grandes ojos azules. De esta manera, la vida hogareña transcurría sin sobresaltos en la casa de avenida Seminario número 395, que había sido del abuelo Aurelio Díaz Meza, escritor, periodista y taquígrafo del Senado. El abuelo Aurelio se transformó en un defensor del pueblo mapuche desde el momento en que, como joven cronista, presencié el último Parlamento de los lonkos y machis del butalmapu con representantes del gobierno de la República en Coz Coz, cerca de Panguipulli, en 1907, y conoció los abusos, las violaciones, los robos, la violencia y las promesas no cumplidas que sufría el pueblo mapuche.

Nuestro querido padre fue un médico radiólogo y profesor de Anatomía, de formación alemana y, más bien prusiana, en lo médico, y hombre de una gran cultura. Por un tiempo, fue Director de la Escuela de Medicina de la Universidad Católica.

Nuestra preciosa madre estaba siempre alegre, como tú, Gonzalo, pero ella era un poco más plena y feliz a medida que nacían nuevos hermanos. ¡Y fuimos doce hermanas y hermanos! Se imaginarán, los que me oyen, la felicidad acumulada de la mamá.

(Mucho después nos confidenciaríamos con Gonzalo nuestro enamoramiento secreto de la bella Madre).

En esos años, Gonzalo, nadie sabía que tú eras de los grandes, que te las traías.

La primera persona que tuvo señales profundas de tu individualidad fue la mamá y, por extensión nosotros, tus hermanos. Una tarde de otoño vino a dejarte a casa el bus escolar. Como venías un poco resfriado la mamá te dijo que te acostaras en tu cama y ella te acompañó. Al cabo de un rato le dijiste que te levantarías un momento para ir al baño y, al

levantarte, te desplomaste. La Madre supo todo de inmediato: la poliomielitis te había alcanzado.

Tu tenías 8 años. En los meses y años siguientes, experimentamos silenciosamente ese evento en nuestras almas infantiles como algo muy especial, podríamos decir hasta un poco épico. Varios hermanos y hermanas tuvieron leves contagios y pequeñas cojeras, y tú te fuiste transformando en nuestro alegre héroe. Era muy divertido pasar el tiempo contigo.

* * *

Diez o doce años más tarde, cuando ya vivíamos en el número 102 de la calle Guardia Vieja, tuve una conversación contigo que me develó otro aspecto de tu vida interior que, por lo demás, tuvo mucha repercusión en mi propia vida.

Te pregunté por qué te levantabas tan temprano de la mesa en los almuerzos familiares de los días sábado. Me dijiste que tenías que juntarte con unos amigos a estudiar antroposofía y, ante mi ignorancia, me aclaraste que la antroposofía era la ciencia espiritual del presente. Yo alcancé a responderte, con superficial racionalismo y arrogancia, que no podía existir tal cosa como una ciencia espiritual.

Por supuesto tú y tus amigos, sin atender convencionalismos ni el desconcierto de nuestros católicos padres, continuaron rigurosamente con los estudios de obras básicas de Rudolf Steiner y de ciertos trabajos científicos de Goethe. (Ayer me encontré con uno de esos amigos tuyos, aquí mismo en el MAC).

En conversaciones posteriores contigo, me di cuenta de la precisión y calidad de tus conocimientos en estas disciplinas. Más tarde tú te alejaste de estos estudios y yo, en cambio, me hice antropósofo.

En uno de nuestros últimos y breves encuentros, hace pocos días, pude apreciar sin embargo tu íntima relación con la Antroposofía. Muy consciente de las corrientes culturales actuales, me hiciste ver, con sorprendente y taxativa claridad, tu repudio a la pasividad de personas que permiten la degradación de la Antroposofía al mezclarla con contenidos de antiguas culturas orientales que hoy ensueñan al occidente, cuando en realidad tienen mucho menos potencia pensante y esotérica que la ciencia espiritual de Occidente. Exclamaste: ¡No se puede hacer eso con la Antroposofía!

En estas dos escenas se revela, por una parte, el núcleo de tu individualidad, con todo su dramatismo;

y por otra, tu forma de conocer y actuar en el mundo, como artista visual y pensador, forma y procedimiento mediante los cuales siempre buscaste llevar lo espiritual en ti mismo a lo espiritual en el universo.

Un recodo de ese camino es el lugar indicado por Novalis en una expresión que viene a ser como un lema de tu vida: “Wir suchen überall das Unbedingte und finden immer nur Dinge”, “Buscamos por doquier lo Indeterminado, lo no Cosificado, y siempre encontramos solo Cosas”.

Queridas Nury, Daniela y Asunción, Violeta y Rosita, Aurelio y Clemente, queridos Pablo Ferrer, Pablo Oyarzún, Pablo Arrate: reciban nuestro afecto y nuestros mejores pensamientos.

Los últimos días han amanecido un poco tristes y nublados porque Gonzalo se ha ido a otros mundos.

Gonzalo: tus cinco hermanos y tus seis hermanas, al despedirte, ruegan a los dioses que te acompañen en este trance.

FDC